

1.º El descubrimiento de un mundo

Egipto y Mitanni (1500-1350 a. JC.). Tensión y compromiso entre dos grandes potencias

Al Oeste de Siria, entre los montes del Líbano y el Antilibano, se extiende un largo valle de tierras fértiles donde nacen las aguas del legendario Orontes. Es el hasta hoy célebre, por tantas razones, valle de al-Biqā, puerta y llave meridional de Siria.

Paso milenario y obligado en las rutas hacia el Norte, los egipcios del Imperio Nuevo irían descubriendo en su marcha por el valle un mundo inesperado, mucho más complejo y maduro que el de aquel pequeño horizonte palestino que los comerciantes y guerreros de la XII Dinastía habían alcanzado a ver. No era éste, ciertamente, el mundo de los despreciables «Cruzadores de la arena» que viviera Sinhué (G. Lefebvre, 1982, 24), sino el de opulentos principados y grandes potencias capaces de disputarles sus pretensiones. Los egipcios lo entendieron bien y, lejos de la cerrazón cultural que son frecuencia se les reprocha, sabrían actuar en consecuencia. La singular administración de sus provincias asiáticas (R. Hachmann, 1982, 17-49) y la asimilación de modos, creencias y comportamientos así lo demuestra (W. Helck, 1962; R. Stadelmann, 1967; K. A. Kitchen, 1969, 77-95).

Pronto, entre sus antagonistas sirios se perfilaría un rival poderoso que, ya fuera frente a frente o en la sombra, resultaba desesperadamente lejano y mal conocido. Se trataba de un país casi perdido en la canícula del profundo Norte sirio, del que el astrónomo Imnemhet dejaría una de las primeras referencias egipcias conservadas recordando, en una vaga inscripción, la amenaza de «un país llamado Mitanni» (W. Helck, 1962, 117).

Los egipcios de la XI y XII Dinastía habían acentuado de forma notable la presencia de su país en Asia, pero lo poco que aún sabemos nos sugiere que, militarmente, apenas si sobrepasaron y de forma episódica la altura de la ciudad palestina de Siquem (W. Helck, 1962, 47). Por vía marítima al contrario, los contactos parecen haber llegado más al Norte, hasta Biblos por lo menos, y fueron sin duda más intensos pues contaban ya con una antigua tradición (W. Helck, 1962, 13-27 y 28-42). Pero acaso no sea acertado hablar de ocupación egipcia de la ciudadela mercantil. Y si es cierto que se han hallado vasos de piedras duras, joyas y mazas ceremoniales egipcias en las tumbas de los reyes y príncipes de la Ebla amorita (P. Matthiae, 1979, 129-184) —como la maza que lleva el nombre del faraón Hotepibre (ca. 1770-1760) de la XIII Dinastía, con errores de inscripción curiosamente—, no es menos cierto que en ningún texto de los archivos reales de Yamhad, Qatna o Mari (H. Klengel, 1978, 106) se menciona vez alguna al remoto Egipto. Y así, los escribas de Mari manifiestan interés en la región meridional sólo hasta Hazor (A. Lemaire, 1985, 549), centro de activo comercio (H. Klengel, 1970, 142) situado casi cien kilómetros al Norte de la Siquem alcanzada por Sesostri III.

Estos y otros elementos nos llevan a concluir que el conocimiento inmediato que los egipcios del Imperio Medio tuvieron del Asia se circunscribía a la costa siria y a la franja meridional de Palestina, regiones ambas que en el caso eblaíta habrían actuado como intermediarias. La circunscripción estricta de la mirada egipcia a esa región parece además desprenderse de los célebres textos de execración (K. Sethe, 1926; G. Posener, 1940; W. Helck, 1962, 48-68).

El período hicsos es también en este caso y como en otros aspectos de ambigua valoración. Siendo ellos mismos —casi con certeza— amoritas palestinos (J. van Seters, 1966, 191), los faraones hicsos mantuvieron una estrecha relación con Palestina y la costa

siria. Pero la presencia de sus particulares escarabeos aquí y allá no presupone su domicilio, como afirma R. Givone (1974), ni la existencia de un supuesto reino palestino sin precedentes ni semejante configuración posterior. Además y según reza la famosa inscripción de uno de sus soldados nativo de al-Kab, el faraón Amosis volvería a Egipto tras la conquista de Saruhen, como si con esta victoria se hubiera cumplido su objetivo final de acabar con el reino hicsa. Confieso que Saruhen me parece simplemente y cada vez con mayor claridad, la ciudad más septentrional del reino egipcio de los hicsos —que, como piensa Helck (1962, 115), quizás no se extendía mucho más al Norte—, y que venía a constituir el núcleo de su frontera y su plaza fuerte en Asia.

Fuera como fuese, lo cierto es que los egipcios rompieron mental y físicamente con las experiencias hicasas y, de retorno a Palestina, cuando penetraron en Siria —precisamente por el valle de al-Biqāʿ—, contemplaron un panorama radicalmente nuevo.

Los hechos que modificaron aquella sociedad se habían operado fuera del mundo directamente conocido por Egipto. Los períodos de la XII y XIII Dinastías o la época hicsa, habían coincidido con el apogeo de los reinos amoritas mesopotámicos y sirios, desde la Mari de Yaḥdum-Lim y Zimri-Lim hasta la Babilonia de Hammurabi (1792-1750). Pero la Siria Ciseufrática quedaba muy lejos de las potencias del Este, y si ni la Siria de Šamsi-Adad o la Babilonia de Hammurabi había podido alcanzarla con efectividad pese a su relativa cercanía en comparación con Egipto, cuanto menos podría haberlo hecho éste con los medios disponibles en la época. De este modo, una mirada de medianos y pequeños reinos, independientes o sometidos parcialmente entre sí, habían podido progresar incesantemente en todos los terrenos gracias a su privilegiada situación geográfica. Era la época dorada de Karkemiš, Uršu, Hašsu, Gubla/Biblos (H. Klengel, 1970, 142-151), Alalāḥ o la Ebla amorita entre muchos otros. Tan favorable situación sólo sería rota después del 1600, cuando una nueva y desconocida na-

ción, Hatti, consiguiera quebrar la fuerza del más poderoso de los reinos amoritas sirios, el de Yamhad, ocupando incluso la hasta entonces inexpugnable Halap/Aleppo. Los medios puestos en juego por el país hitita no tenían parangón ni permitían resistencia alguna. Pero Hatti hubo de retirarse de nuevo al interior de Anatolia (F. Cornelius, 1979, 114-119), empujada por sus propios problemas internos y la reacción de otro pueblo, los hurritas de al-Yazira y la Siria Ciseufrática que agrupados en otra nueva nación, Mitanni, ponían en la balanza unos recursos semejantes a los hititas. Pocos años después, cuando la vía plácida de los príncipes sirios había vuelto a restaurarse, llegarían los egipcios.

Durante el segundo tercio del II milenio, se asiste en el Asia Anterior a un cambio notorio. Por vez primera aparecen coincidentemente en escena algunos estados que con justicia denominamos como grandes potencias. Sus recursos económicos, humanos y militares resultaban incomparables con los de los pequeños reinos sirios. Además, el dominio y la utilización masiva de un arma nueva y terrible que ellas desarrollaron y perfeccionaron, el caballo y el carro de guerra, les permitía alcanzar una movilidad inusitada y poseer la capacidad de golpear los más profundos rincones de sus enemigos. A partir de entonces, los pequeños príncipes sirios no tenían elección: sólo podían someterse aceptando simultáneamente la protección del gran rey o perecer.

Pronto los diplomáticos egipcios supieron que las diversas cancillerías sirias y palestinas conocían dos tipos de realeza, la de los grandes reyes —mitanni, Hatti o Karduniaš— y la de los pequeños monarcas (M. Liverani, 1974). La fuerza de los hechos y la más objetiva evidencia incluyó de inmediato, en tan exclusivo grupo, al poderoso Egipto de la XVIII Dinastía. Grandes y pequeños se reconocían entre sí y eran reconocidos como tales, pero sólo los primeros estaban en condiciones de disputarse un imperio y exigir la fidelidad del mayor número posible de monarcas menores. Y cuando Egipto hizo avanzar sus carros por Siria hu-

bo de chocar, inevitablemente, con la tenaz resistencia de los pequeños y ricos príncipes que debían fidelidad a su señor, el gran rey de Mitanni.

2.º Las razones de la batalla por Siria

La situación geográfica de las grandes potencias en Anatolia, al-Yazira y la Palestina Meridional egipcia, nos lleva a comprender de inmediato que las llanuras sirias constituían su zona de expansión natural. Pero es que además, profundas razones económicas hacían extraordinariamente apetecible el dominio de Siria.

En su *Geschichte Syriens*, Horst Klengel ha trazado un cuadro económico que por sucinto no resulta menos completo (H. Klengel, 1965, 9-12). Según él, la situación geográfica de Siria y sus riquezas naturales trazaron su destino. Como señala el historiador alemán, Siria resultaba ser en principio un cruce obligado de las grandes rutas comerciales que ponían en contacto la costa mediterránea con el interior, y las regiones de Siria, Antolia y Egipto entre sí. El tráfico era tan intenso y amplio que en Halap, por ejemplo, se monopolizaba el comercio del marfil y se mantenían relaciones con el Egeo (H. Klengel, 1965, 10). Pero la región no sólo actuaba como cruce y encuentro, sino que además tenía sus propias riquezas.

Ya desde los tiempos de la Ebla del III milenio, la agricultura siria obtenía resultados cuantiosos (F. Pinnock, 1985, 89-90) en productos primarios y derivados. Imprescindible y proverbial era también la riqueza maderera de sus montes, incesantemente buscada por mesopotámicos y egipcios; y las grandes praderas del Norte, la costa y al-Yazira septentrional, permitieron en su día la cría de grandes yeguas —en cuyo comercio se destacó Karkemiš (H. Klengel, 1965, 11)— y, en todo tiempo, la explotación de una cabaña variada y abundante. Las minas de plata del Amuq, una densidad humana muy alta como segura fuente de tributos e impuestos y las reservas ingentes de los

principados costeros como Ugarit (R. B. Vere, 1976, 87-110), Alalakh, y otros, redondeaban sus atractivos económicos.

Las razones para lo que H. Klengel llama la «lucha de las potencias por Siria» (H. Klengel, 1970, 156-217) eran pues numerosas. Pero es que además, la fragmentación política de la región tendía necesariamente a convertirla en campo de batalla militar y diplomática, donde una y otra potencia pretendía construirse la mayor esfera posible de influencia. Por si fuera poco, las pautas de conducta entre los estados de la época empujaban a ello ineluctablemente. Y como dice M. Astour, Siria se redujo a ser la apuesta de una lucha triangular (M. Astour, 1978, 9).

Por las mismas dimensiones de sus estados, todos los monarcas sirio-palestinos pertenecían sin excepción al rango de los pequeños reyes (M. Liverani, 1974, 348). Sólo podían verse confirmados y reconocidos cuando a su vez reconocían a un gran rey como su señor, con quien desde entonces le ligaban fidelidad y obligaciones. No podrían llevar una política exterior propia, habían de defender los intereses del gran rey con las armas si era preciso y, en cualquier caso, la infidelidad o la defección se castigaban con el destronamiento como mínimo. En la Siria y Palestina tácitamente repartidas entre las potencias antes del choque armado no existía lugar para la neutralidad desde luego, pero menos aún después. Para los hititas, los no sometidos eran simplemente enemigos (J. Nougayrol, 1963, 110); para los egipcios, rebeldes (K. A. Kitchen, 1969, 81), por más que nunca hubieran estado bajo la mano del faraón y, aunque lo ignoremos todavía, para los mitannios el concepto no debía variar mucho del de uno u otro de sus rivales.

Por fuerza, pues, la expansión en Siria y Palestina habían de enfrentar directamente a las grandes potencias; y el choque entre Mitanni y Egipto se produjo por vez primera, probablemente, en la estratégica llave del país en disputa, en la llanura de al-Biqā.

3.2. Los medios, los objetivos y los resultados de la guerra. — Todas las potencias de la segunda mitad del II milenio contaron con medios militares muy semejantes, aunque en cuanto al desarrollo de los mismos y sus aplicaciones tácticas y estratégicas difirieran de acuerdo con la idiosincrasia y cultura propias de cada una.

Si bien conocidos desde mucho atrás, el caballo y el carro de guerra constituyeron la gran novedad militar de la época, porque sólo entonces llegaron a ser dominados todos sus secretos. Y así, aunque sepamos que en Siria los caballos habán sido ya utilizados por Samsi-Adad en la fiesta del akitu — ARM, I, 50, 104-107—, y aunque conozcamos que el célebre caballo de Buhen en Egipto podría remontarse según H. S. Smith al 1675 a. JC. (W. B. Emery, H. S. Smith, A. Millard, 1979, 195) —cronología y situación estratigráficas que, avanzadas por W. B. Emery, se verían fuertemente criticadas o aceptadas con ciertas reservas incluso por un W. Helck (1977, 118)—, lo cierto es que pruebas evidentes de su utilización masiva como tiro especialmente adiestrado de unos carros de guerra de extraordinaria ligereza tan sólo podemos recogerlas a comienzos de la XVIII Dinastía, cuando vemos enfrentarse en Siria y Palestina a los carristas egipcios y a los maryanni mitannios.

F. Hancar (1965, 474), J. A. H. Potratz (1969, 224) y otros tienden a conceder a los hurritas la primacía en el dominio militar del caballo y en el desarrollo del carro ligero de guerra, pero como dice P. Vernus (1978, 203), nada prueba que el carro egipcio hubiera sido tomado directamente de los hurritas, pues bien al contrario, el vocabulario egipcio relativo a este arma era puramente semítico. Creo que la difusión de uno y otro, especialmente en lo que se refiere a Siria, Anatolia, Palestina y Egipto aparece tan firme, tan densa y tan avanzada ya en torno al 1500 a. JC., que posiblemente con justicia haya que seguir a C. Zaccagnini y pensar en una verdadera koiné tecnológica (C. Zaccagnini, 1977, 21), en la que unos y otros se hicieron préstamos y unos y otros aportaron novedades.

Durante el gobierno de los hicsos —probablemente en su última etapa— debió difundirse por la Palestina amorita el nuevo conocimiento que aquéllos empezarian a desarrollar en Egipto a su vez. Pero su primer empleo en la misma Palestina y Egipto hubo de ser muy restringido, muy lejos aún de las grandes unidades de carros de las guerras mitannias, egipcias e hititas por la conquista de Siria, W. Helck, basándose en ciertos relieves, estimaba que el carro de combate aparecía en Egipto «en el mismo momento en que aparecen los hicsos» (W. Helck, 1977, 19). Pero lo cierto es que la excavación de Avaris por M. Bietak no ha proporcionado prueba consistente alguna de la utilización de uno y otro (M. Bietak, 1975; J. Boessneck, 1976) contra lo que cabía esperar y piensan sus descubridores.

No sabemos si antes, o en el curso de la guerra entre ambas potencias, aparecieron algunos vocablos que podrían significar préstamos y experiencias de la tecnología militar hurrita, relacionados en cierto modo con el mundo del carro. De tal fondo procede la palabra egipcia utilizada para designar al conductor del carro, ku-*j*-n y el apelativo usado para la coraza, *t*-r-yn (P. Vernus, 1978, 204). Más clara parece la procedencia de un arma famosa, el arco compuesto. Tan estimado por los faraones y pese a la reserva de H. Bonnet (1926, 135), el arma tiene un evidente origen hurrita (P. Vernus, 1978, 204), y la alta valoración que se le concedía explica su cuidadosa contabilización en los botines. Entre las tablillas de Kumidi, el centro administrativo egipcio en al-Biqāṣ, ha sido hallado un texto en el que se reclama el envío de flechas, aljabas, protectores de brazos y un arco del país de Mitanni (G. Wilhelm, 1973, 71), casi con seguridad el famoso arco compuesto hurrita. Las mismas características de procedencia y estima entre los egipcios deben concederse a las corazas de bronce asociadas siempre con los carristas mitannios como permiten ver algunos relieves egipcios y los hallazgos arqueológicos y epigráficos de Nuzi. Pero Egipto, como gran potencia económica y cultural que era, dueña de una importante tradición técnica, introdujo mejoras que convirtieron a sus carros en la mejor simbio-

sis de solidez y ligereza, tal vez mejores incluso que los mitannios.

Aunque constituían por sí mismos el nervio principal del ejército, las campañas militares que movilizaban miles de carros arrastaban tras de sí numerosas unidades de infantería en una proporción aproximada de 1 a 10 (W. Helck, 1962, 215). Tales movilizaciones solían ser anuales, para una u otra potencia. Entre otras cosas porque el grueso de las fuerzas comprometidas —al menos en el caso egipcio— procedía de su territorio nacional, contando sólo en segundo término con las guarniciones destacadas en Asia. En el lado mitannio parece haber sido más frecuente la situación inversa; la gran masa venía formada por los ejércitos de los príncipes fieles a Mitanni mientras que las fuerzas del gran rey servían de apoyo o se reservaban para la batalla decisiva en el interior y los ataques de hostigamiento.

Desde el punto de vista táctico y estratégico, la confrontación de Siria y Palestina entre ambas potencias fue una guerra planificada desde luego, basada en la rapidez, en el desplazamiento de escuadrones de carros que buscaban golpear el corazón del territorio enemigo sobre todo. En realidad, las fronteras cambiaron relativamente poco, salvo tras las campañas de Tutmosis III cuya conquista de Qadeš, en pleno valle de al-Biqā, resultó decisiva ya que dejaba siempre abierto el territorio mitannio. No deja por ello de ser elocuente que por mucho que la frontera egipcia fuera retrocediendo, los faraones se esforzaran en mantener a toda costa en sus manos Qadeš que, siempre expuesta, debía proteger a Kumidi, sede del responsable egipcio de la provincia.

Dado que la mayor parte de las ciudades de cierto relieve debían presentar fortificaciones que en la tradición de las tipologías poliorcéticas del BM I-II serían casi imposibles de tomar, tal y como sugiere el largo asedio a que fuera sometida Megiddo (Y. Yadin, 1963, 100-103), se comprende que las fortalezas importantes de ambas potencias

apenas cambiaran de manos —Qadeš, Megiddo, Sumur en el lado egipcio, Halap, Karkemiš, Azzu en el mitannio— o que, en caso de perderse, se hiciera todo lo posible hasta hacerlas volver al control de sus originales señores, como ocurriría con Qatna y Tunip, dada su relevante situación. Ambos contendientes sin embargo parecen haber tendido a retraer hacia el interior de sus territorios los centros de mayor relieve. Acaso por ello, el objetivo primordial de la guerra era no tanto extender la propia esfera de influencia —ocupación que acarrearía continuos problemas de dominio, dados los fuertes lazos de fidelidad demostrados por los pequeños príncipes sirios hacia su antiguo señor mitannio—, cuanto imposibilitar el cobro de los tributos, dañar las cosechas, talar los bosques, ocasionar bajas, romper las comunicaciones y capturar prisioneros. En razón, a la procedencia unilateral de nuestras fuentes, conocemos sólo de las rápidas algaradas egipcias en territorio enemigo, pero probablemente los mitannios practicaron una táctica idéntica. Un comentario de la inscripción del astrónomo Imnemhet así parece indicarlo (W. Helck, 1962, 117).

Y si ninguno de los contendientes era capaz con sus propios medios de conquistar las provincias del contrario, cuanto menos estaba en situación de ocupar sus límites nacionales, empresa que habría conllevado la liquidación definitiva del conflicto. Pero tanto Egipto como Mitanni estaban extraordinariamente lejos del territorio de operaciones. Y así, aunque Tutmosis I y Tutmosis III lograron acercarse hasta el recodo del Eúfrates, verdadera frontera de la propia nación mitannia, ambos faraones hubieron de resolver no penetrar en el interior de al-Yazira, posiblemente debido a los insolubles problemas militares y de seguridad que ello conllevaría, sin contar con el indeciso resultado de un combate en el cual Mitanni emplearía ya todos sus recursos. Una sola vez en toda su historia aparecería un ejército egipcio en al-Yazira septentrional. Con ocasión del apoyo prestado al epígono de los reyes asirios, Ašsur-uballit, el ejército egipcio de Necao II (610-595) combatiría contra los babilonios en Harran (A. K. Grayson, 1975,

Crónica 4, 24-28; A. Spalinger, 1977, 221-244), con poco fruto por cierto.

En el curso de los casi cien años transcurridos entre casi continuos combates, los resultados reales de la pugna entre ambas potencias parecen haber sido poco destacados. Los medios humanos y militares comprometidos, las tácticas y los recursos económicos de una y otra resultaba muy parejos. Y si bien es cierto que, como destaca el mismo W. Helck, la frontera egipcia fue retrocediendo poco a poco (W. Helck, 1962, 163), no lo es menos que los egipcios mantuvieron en sus manos la franja de la costa siria que realmente les interesaba, y que controlando además gran parte de la estratégica llanura de al-Biqā', podían lanzarse fácilmente contra el corazón del área de influencia mitannia. Desde Qadeš como punto más avanzado del imperio egipcio, y desde Qatna como enclave estratégico mitannio en la brecha que para Mitanni resultaba ahora el valle de al-Biqā, ambas potencias se vigilaban atentamente. Pero la época de tensión tenía que acabar.

4.º La época del compromiso mitannio-egipcio.

El siglo de conflictos en los que ninguna de las dos potencias había sido capaz de obtener una clara hegemonía en el Asia Anterior, desembocó por fuerza en una época de compromiso y alianza.

Ingnoramos en realidad de quién partió la iniciativa. No pocos estudiosos tienden a señalar que la recuperación hitita empujó al acuerdo a los mitannios (J. Vercoutter, 1987, 195). A decir verdad y aunque fuera un dato a tener en cuenta, no hay que presumir un agobio mitannio, porque la administración egipcia perdió, entre los reinados de Amenofis II y Tutmosis IV, las importantes ciudades de Niya y Tunip además de no pocas tierras al Oeste del Orontes (W. Helck, 1962, 163). Dejando fuera el apasionamiento propio de algunos especialistas y compro-

bada la paridad existente, lo más seguro es que ambas potencias tuvieran un interés parejo en acabar con los conflictos y asegurarse, de una vez por siempre, la explotación de los recursos de sus respectivas áreas de influencia. Iniciados los tanteos acaso en época de Amenofis II (H. Klengel, 1978, 109), el sentimiento de las cancillerías de Wassukkanni y Tebas debió coincidir felizmente con el reinado de dos monarcas proclives al acuerdo, Tutmosis IV y Artatama I.

Según los usos diplomáticos de la época, tras los contactos preliminares precisos se habría firmado un tratado de paz, amistad y alianza sancionado por los dioses de ambos países. Sendas copias del mismo serían depositadas en las capitales de Mitanni y Egipto. Acaso el posterior tratado firmado entre Hattušili III y Ramses II sirva para imaginar el contenido del todavía perdido entre Artatama I y Tutmosis IV (E. F. Weidner, 1970, 112-123). Por el mismo se declararían la fraternidad para siempre entre ambos pueblos, se prometería ayuda mutua en caso de conflictos con terceros, la remisión de los enemigos propios huidos y se delimitarían las futuras líneas fronterizas. Gracias a la misiva EA 29 que el nieto de Artatama, Tušratta, remitiera al faraón Amenofis IV sabemos que la alianza entre los estados quedó fortalecida por el matrimonio de una hija del rey mitannio con el monarca egipcio.

Por fin, las respectivas áreas de predominio en Siria y Palestina aparecían firmes y definitivas. La línea fronteriza dejó Amurru dentro de la órbita egipcia —aunque Tunip parece mitannia definitivamente—, y a Nuḥašše, al otro lado del Orontes, en la mitannia. La frontera cortaba el curso alto del río y se perdía en la estepa del Este. Para los egipcios los puntos fuertes serían Sumur y Qadeš (H. Klengel, 1970, 197). Para los mitannios Qatna y probablemente Tunip y Niya (H. Klengel, 1970, 196), además de la lejana Ḥalap.

La administración mitannia en su zona de influencia es mal conocida, dado que al per-

manecer todavía ignorada la localización de Wassukkanni, nos faltan los imprescindibles archivos estatales. No obstante, los datos disponibles parecen sugerir que era poco voluminosa y flexible. Aparentemente, la Siria Ciseufrática se dividía en dos grandes regiones: la región de Ḫalap con las áreas inmediatas al Eúfrates, administrada directamente por Mitanni, y los principados y reinos ligados por fidelidad al rey de Mitanni. Un Ḫalašuhulu estaba al frente de la fortaleza mitannia de Ḫalap (G. Bunnens, 1982, 125-126) y de las tropas allí destacadas. Los vasallos de Mitanni eran los pequeños reinos y territorios de Alalah, Nuhasse, Niya, Tunip y Qatna, regidos por sus propias dinastías —aunque Nuhasse y su gobierno plantean ciertos problemas (H. Klengel, 1969, 136)—. Ignoramos si en dichos estados existían funcionarios mitannios adjuntos, aunque no lo parece. Los maryanni citados en las fuentes egipcias podrían ser tan sólo guerreros al servicio de los príncipes, y dado su escaso número quizás actuaban como jefes de las tropas sirias. De hecho, la presencia efectiva de verdaderas tropas mitannias era rara, exceptuando algunos lugares estratégicos o fronterizos como Qatna, donde los escuadrones de carros mitannios combatieron a Amenofis II (H. Klengel, 1970, 196). En realidad, el grueso de las tropas que se enfrentó a Egipto estuvo formado por los ejércitos de los príncipes sirios fieles a Mitanni, que cumplían escrupulosa y constantemente sus obligaciones.

La mesura con la que la gran potencia de al-Yazira administró sus provincias sirias (G. Bunnens, 1982, 125) ha sido muchas veces destacada y a decir verdad, el éxito de su sistema queda confirmado con la contumaz fidelidad demostrada por todos los príncipes a su gran rey, ya fuera frente a egipcios o hititas (M. Astour, 1978, 10).

Las excavaciones alemanas en Tell Kāmid al-Lōz (R. Hachmann, A. Kuschke, 1966; R. Hachmann, 1970, 1980, 1982), la antigua Kumidi en el valle de al-Biqā', han permitido reunir una corta pero valiosa documentación escrita que hoy nos permite conocer mejor el cuadro de la administración egip-

cia en sus provincias asiáticas, tiempo atrás abordado por W. Helck (1962, 256-267).

Se ha afirmado con frecuencia que la ocupación egipcia de sus provincias en Palestina y Siria era prácticamente testimonial (J. Vercoutter, 1987, 193), lo que me parece que no es exactamente cierto, aunque la administración egipcia fuese un mecanismo sin fisuras. La verdad es que Egipto se encontraba en Siria y Palestina con un problema que en absoluto le planteaban sus provincias nubias o libias: la madurez política y cultural del área sometida (K. A. Kitchen, 1969, 80). Pero en mi opinión, la potencia administradora supo encontrar el sistema adecuado cuando hecha la paz, las continuas rebeliones de sus vasallos alentadas por Mitanni dejaron de producirse.

Egipto procedió a dividir Palestina en dos distritos. Desde Bethsean se administraba la Palestina Media, Septentrional y las regiones más allá del Jordán. Desde Gaza, la Palestina Meridional y costera. Al Norte, Siria fue también repartida en dos provincias: Amurru y la costa, con sede en Šumur, y la Siria interior que cubría una parte del valle de al-Biqā' y la región de Damasco (R. Hachmann, 1982, 46-47). La elección de Kumidi como centro administrativo dejaba a Qadeš un papel más vinculado a la defensa del territorio. La región litoral que ocupaban Ugarit, Arwad, Ušnatu y Siyannu parecen haber formado una zona económica respetada por las grandes potencias (R. B. Revre, 1976, 87-110; M. Astour, 1978, 10). Aunque Ugarit estuviera siempre muy próxima a los intereses egipcios, con seguridad nunca perteneció/al distrito administrado por Šumur (R. Hachmann, 1982, 47).

Los máximos responsables ostentaban el apelativo acadio de rābišu, cuyo significado real aún se debate (K. A. Kitchen, 1969, 81). Dice R. Hachmann que la administración egipcia era complicada y no exenta de contradicciones. Los señores locales tenían la facultad de mantener contacto directo con el faraón, pero estaban sometidos en cierto modo al alto funcionario egipcio destacado al que debían apoyar y de quien recibían

ayuda en su caso. Una carta dirigida al responsable egipcio en Kumidi, posiblemente remitida por el príncipe local (D. O. Edzard, 1976, 64), le informa sobre la situación de las tropas del rey, esto, es, del faraón. Las fuerzas egipcias acantonadas en las provincias asiáticas nunca fueron numerosas. H. Klengel (1970, 199) prefiere hablar incluso de cuerpos de guardia, y recuerda que cuando Abdi-Asirta liberó Sumur de las gentes de sehla, encontró sólo a cuatro personas en la residencia de los funcionarios egipcios —EA 62, 27-29—.

Con todo, la paz firmada entre ambas potencias permitió que las distintas administraciones se consolidarán y funcionarán con fluidez, como demuestra el rico archivo de Amarna. Además, R. Hachmann recuerda que los funcionarios egipcios viajaban con frecuencia a Egipto, y que aunque Tutmosis IV fuera el último faraón de la XVIII Dinastía que estuviera físicamente presente en Asia (R. Hachmann, 1982, 49), la dominación fue efectiva y tranquila gracias a la alianza mitannio-egipcia. En los últimos años de Amenofis IV, cuando Mitanni se hundió, Egipto perdería sintomáticamente la provincia de Amurru en Siria e incluso Qadeš y Kumidi en la Biqā, (R. Hachmann, RLA, VI, 331). El imperio de Asia, reducido a Palestina, funcionaría no obstante todavía durante mucho tiempo.

La alianza entre ambas potencias impuso a sus cortes respectivas la observancia mutua y estricta de la etiqueta y los usos diplomáticos propios de unos aliados de entonces. Iniciada bajo los reinados simultáneos de Tutmosis IV y Artatama, prosiguió bajo los de Amenofis III y IV por parte egipcia y los de Šuttarna II, Artasumara y Tušratta por parte mitannia, con tan sólo una breve ruptura durante la regencia de un tal Uthi, según informaría más tarde Tušratta —EA17, 11-20—. Gracias a las cartas mitannias descubiertas en Amarna estamos particularmente bien informados sobre este período, en especial respecto a las relaciones de Tušratta, remitente de todas las conservadas —excepto de una orden de paso,

EA30, que probablemente también le pertenece—, con los faraones Amenofis III, Amenofis IV y la reina Teye (J. A. Knudtzon, 1915, EA16-EA29: C. Kühne, 1973, 17-48; H. P. Adler, 1976). No disponemos todavía de ningún documento egipcio remitido a Wassukkanni, pero entre las líneas de las cartas mitannias podemos imaginar algo de las firmadas en Tebas o Amarna.

Ambas cancillerías tendían a expresarse en acadio, lengua internacional de la época, aunque los mitannios demostraron una imperfecta asimilación de tal lengua (H. P. Adler, 1976, 118-119) e incluso escribieron en la suya propia la célebre y larga EA24 (L. Messerschmidt, 1899), que quizás no fuera la única. Habida cuenta de la frecuente cita de intérpretes acompañando a los embajadores, cabe pensar sin embargo que ambas potencias disponían de funcionarios hábiles en todas las lenguas precisas.

Los enviados entre una y otra corte eran diplomáticos expertos, aunque los egipcios enviarían con frecuencia como emisarios a oficiales de carros, según W. Helck (1962, 476). Un buen experto solía ser estimado en la corte de destino, como el egipcio Mane y el mitannio Keliya, sumamente distinguidos en uno y otro estado (C. Kühne, 1973, 46-47), y en quienes el rey de Mitanni deposita su confianza explícitamente más de una vez, como escribiría, por ejemplo, a la reina Teye —EA26, 15—. Una vez en la corte aliada, los embajadores mitannios y egipcios asistían a la lectura del mensaje real del que eran portadores, entregaban los regalos, negociaban matrimonios, espían e incluso, como dice Y. L. Holmes, «usaban su influencia de pasillo» (Y. L. Holmes, 1975, 378).

Los desplazamientos de los embajadores entre ambos países debieron hacerse en carro de guerra, y aunque armados para hacer frente a cualquier contingencia, casi sin escolta. La seguridad de la propia región dominada, los salvoconductos que portaban —EA30— y su propia destreza parecen ha-

ber sido suficientes para asegurar las comunicaciones. Un texto egipcio sin embargo se cuida de dar consejos sobre las rutas más aconsejables, los lugares más aptos para la acampada o la señalización de trayectos en los que el emisario debía permanecer en estado de alerta, con las armas preparadas (W. Helck, 1962, 476-477). Creo que tuvo que ser el valle de al-Biqā, el pasillo natural por el que los diplomáticos egipcios y mitannios pasaban de uno a otro país, y donde las otras vigilantes Qadeš y Qatna, deban ahora pacífica bienvenida a los embajadores aliados.

De fraternidad, de ahjutu, sólo podía hablarse entre los grandes reyes, porque reconociéndose por ella como iguales era la base misma de las relaciones. La frecuente remisión de regalos constituía la confirmación, y las cortes rivalizaban en sorprender y agrandar a su aliado. Las ocasiones para ello eran múltiples: la victoria sobre un tercero, el acceso al trono, un enlace matrimonial, festividades especiales, llegada de nuevos embajadores y muchas más (C. Zaccagnini, 1973).

P. Artzi ha acuñado el concepto de diplomacia de ciclo vital que (P. Artzi, 1980, 161-170) en sus grandes líneas, se refiere al cuidado que las familias dinásticas aliadas, presentes en la esfera internacional del momento, ponían en ciertos comportamientos más o menos esperados, desde la llegada al poder del monarca amigo hasta su muerte (P. Artzi, 1987, 23-26). Creo que la renovación de la alianza, la política de enlaces matrimoniales, la atención por la salud del aliado, el duelo, el intenso intercambio de regalos o el de cartas entre las reinas —como el que Tušratta sugiere a Teye mantener con su esposa Yuni —EA26, 58-63—, hablan de una verdadera unión familiar entre las dinastías egipcia y mitannia.

Particularmente curioso resulta el interés manifestado por los reyes mitannios en los achaques del faraón Amenofis III. En EA23 Tušratta anuncia al faraón en una corta mi-

siva específicamente a ello dirigida, el envío de la milagrosa imagen de Ištar-Sawuška de Nínive —EA23, 13-17—, la cual ya en tiempos de su padre Šuttarna había devuelto la salud al rey de Egipto —EA 23, 18-23—.

La difusión en Egipto de cultos asiáticos ha sido ya considerada por W. Helck (1962, 482-514) y R. Stadelmann (1967), pero fue J. Leclant el primero en destacar la relativa popularidad alcanzada en Egipto por una Ištar guerrera, representada desnuda y a caballo, blandiendo un arco. Así la vemos en numerosos ostracones, estelas —una de Tutmosis IV— y escarabeos (J. Leclant, 1960, 1-67). En el caso del envío al faraón de la estatua de la diosa, sería lógico suponer que la aceptación del gesto mitannio implicaba una predisposición de Amenofis III hacia la misma. Pero, a decir verdad, en general y como apunta K. A. Kitchen, acaso la interacción religiosa entre Siria-Palestina y Egipto fuera más aparente que real (K. A. Kitchen, 1969, 94).

La muerte del monarca egipcio o mitannio implicaba sin duda una pérdida para su aliado, y no sólo por ello, la observancia de un duelo solemne en la otra capital sería algo esperado. Tal conducta estaba además basada en la concepción de una relación familiar cerrada entre las cortes de Tebas-Amarna y Wassukkanni (P. Artzi, 1980, 166). Tušratta se refiere en EA29, 57-59 al sufrimiento que le produjo la muerte de su aliado Amenofis III y al duelo que observó por él. Pero la alianza y la fraternidad prosiguieron pues como escribe gráficamente líneas abajo, siendo Amenofis IV su hijo y heredero, Amenofis III no había muerto en realidad —EA29, 61-64—. Dice P. Artzi que, en este caso, la continuidad venía sellada por la transferencia del amor del uno hacia el otro (P. Artzi, 1980, 166).

Pero donde la alianza entre las potencias hermanas y la imbricación de las familias queda más evidente es en la política de matrimonios interdinásticos. Ciertamente es que los matrimonios interdinásticos tenían una lar-

ga tradición en Oriente. En la misma Siria y a título de ejemplo, sabemos de tales enlaces en la Ebla del III (G. Pettinato, 1979, 93) y II milenio (H. Klengel, 1965, 213; D. J. Wiseman, 1953, 35) antes de su destrucción, o en la Mari y Halap anteriores al 1500 a. JC. (F. Abdallah, 1987, 13-15), pero la práctica no alcanzó una madurez total y una decisiva frecuencia hasta la época de las grandes potencias. Según el archivo de El Amarna, la alianza mitannio-egipcia fue precisamente la que dio como fruto la más constante política de enlace conocida entre dos dinastías.

Como señala F. Pintore en su estudio sobre los matrimonios interdinásticos concluidos en el Asia Anterior entre los siglos XV y XIII, el dato que resalta de forma más inmediata es lo que él llama la hipergamia faraónica (F. Pintore, 1978, 117). Al menos por lo que sabemos, la corte egipcia resultó de nodadamente interesada en aumentar el harén real.

Aunque no estamos bien informados todavía, las cortes asiáticas conocían la institución del harén. S. Dalley la descarta en general —y en Karana— para la época de Mari (S. Dalley, 1984, 100), erróneamente en mi opinión, pues lo cierto es que en Mari está ampliamente confirmada (J. M. Durand, 1985, 385-436) y no tenía por qué ser una rareza. En un sentido amplio, monogamia y poligamia son fenómenos fluctuantes (F. M. Dales, 1988, 218) en el Asia Anterior, si bien suele tenderse hacia la primera, aunque existen las concubinas. Claro está que las casas reales eran algo distinto, y más cuando los enlaces formaban parte de una política de alianza o prestigio. De todos modos, lo que sabemos de los herenes reales asiáticos no tiene nada que ver con los egipcios, particularmente en época de Amenofis III. De hecho, la hipergamia egipcia podría estar relacionada —como piensa F. Pintore—, con el monopolio del oro y el deseo de acentuar una supuesta superioridad (1978, 12), pero también y dentro del normal uso diplomático de entonces, con el fortalecimiento de la amistad entre aliados.

Según la documentación de Amarna, los matrimonios entre faraones y princesas mitannias representan el ejercicio más constante de tal práctica entre dos grandes potencias. Sabemos del matrimonio entre Tutmosis IV y una hija de Artatama I, de nombre desconocido —EA29, 16-21—; del de Amenofis III y la princesa Kelu-hepa, hija de Suttarna II —EA24, III, 35; EA17, 26-28— y por fin, del enlace entre Tadu-hepa, hija de Tušratta con Amenofis IV.

Las fuentes egipcias relativas a estos matrimonios son escasas. Si acaso el tantas veces citado escarabeo emitido a nombre de la reina Teye y su esposo Amenofis III, en el año décimo de su reinado, para celebrar la llegada de la princesa Kelu-hepa, y que presenta la siguiente inscripción: «Maravilla traída a Su Majestad: la hija del rey de Naharina Suttarna, Kelu-hepa, y la primera de su harén— 317 mujeres» (W. Helck, 1961, 234); y además, un documento funerario de un tal Benegay, «mayordomo de la señora de Naharina» (F. Pintore, 1978, 17).

La mayor parte de las cartas mitannias de Amarna fueron causadas por las negociaciones emprendidas para llevar a buen puerto el enlace del faraón con Tadu-hepa (H. Klengel, 1978, 98). Reucerdá F. Pintore que con excepción de EA17 y EA18, no hay carta en la que no se haga alguna referencia a tal asunto o a algo relacionado con él. Exhaustivo resulta el estudio que del proceso de la negociación ha hecho el investigador italiano (F. Pintore, 1978, 17-23), sin que la reciente comunicación de P. Artzi (1987, 23-26) suponga cambio o ampliación alguna de importancia.

La culminación de un enlace interdinástico entre iguales requería previamente arduas negociaciones, intenso intercambio epistolar y trasiego febril de embajadores, además de la cumplimentación de los regalos impuestos por los usos de la época. Las fases del último matrimonio real entre ambas capitales han sido bien resumidas (F. Pintore, 1978, 22-23), y tal vez nos sirvan como ejemplo típico de una negociación ma-

trimonial. Mane, el embajador egipcio, acudió a Wassukkanni en demanda de una esposa real para su señor Amenofis III —EA19, 17-22—. De vuelta a Egipto, Mane confirmó a su señor la aceptación inicial del monarca mitannio. Por su parte, el enviado mitannio solicitó oro en cierta cantidad como parte del terhatu —EA19, 30-48—. De nuevo, ambos embajadores partieron hacia Mitanni llevando el aceite para la unción y oro. Tušratta consideró sin embargo poco relevante lo enviado y volvió a remitir a Egipto a los embajadores egipcio y mitannio reclamando más oro y el terhatu. Por tercera vez, Mane viajó a Waššukkanni acompañando el monto del terhatu y otros regalos, solicitando a la vez el envío de la princesa Tadu-ḥepa a Egipto —EA20, 8-32—. Pero Tušratta se Mostró insatisfecho con los regalos y resolvió retener a los embajadores en su corte. El repentino enfriamiento intentó resolverse con otras negociaciones emprendidas por un segundo embajador egipcio, Ḥamašši

—EA29, 24-25—, que fue despachado a Egipto en demanda de más oro. Satisfecha por fin su reclamación, Tušratta confirmó en EA21 a Amenofis que la situación volvía a la normalidad. Por fin Mane pudo viajar a Egipto acompañando a la princesa mitannia. Keliya, el embajador del impero de al-Ŷazira, acudió también como portador de la famosa carta EA24, escrita en lengua hurrita —acaso llevada por la misma princesa, tal y como piensa Y. L. Holmes (1975, 376) interpretando así lo que sugiere EA24, III, 22-23)—, además de los regalos habituales en tal caso y la dote de Tadu-ḥepa, una variada y enorme lista de bienes recogida en EA22 y EA25. Como colofón de tan complejas negociaciones, otro embajador egipcio, Niyu, llevaría a Waššukkanni la contradote que finalizaba el procedimiento —EA29, 37-39—.

Con independencia de la dificultad en valorar el peso que estos enlaces tuvieran en el seno de ambas casas reales, es indudable que tanto el faraón como el gran rey de Mitanni manifestaron un verdadero interés en obtener un resultado satisfactorio. Señala P. Artzi que en todas las fases de una tal nego-

ciación debían aparecer tensiones derivadas de las personas, los intereses y las distintas costumbres y tradiciones (P. Artzi, 1987, 24). Pero el objetivo de conjunto es claro: la consolidación de la alianza fraterna entre ambas potencias, pues como concluye Tušratta, «en ese día Egipto y Hanigalbat serán una sola persona» —EA20, 17—.

5.º Epílogo

Tras largos años de tensión, guerra y alianza, el ciclo de una historia común había de cerrarse dramáticamente. Después de la feliz conclusión de las negociaciones previas al enlace de Tadu-ḥepa —que debió llegar a Egipto cuando Amenofis III sufría ya la enfermedad que le llevó a la muerte—, el archivo de Amarna recibió todavía tres cartas más del rey: EA26, dirigida a la reina viuda Teye —de precioso contenido y formulación, por cierto—, y dos más enviadas al esposo efectivo de Tadu-ḥepa, Amenofis IV —EA27 y EA29—. C. Kühne, en su estudio sobre la cronología de las cartas de Amarna fecha esta última entre los años 15 y 16 del reinado de Akhenaten. Después, la cancillería de Waššukkanni permaneció muda para siempre, aunque otras cartas del archivo debidas a los vasallos sirio-palestinos de Egipto arrojan alguna luz sobre lo que por otras vías, las hititas y la práctica arqueológica, sabemos que ocurrió.

En torno al 1350 a. JC. Šuppiluliuma, el gran rey de Hatti, se puso en campaña dispuesto a que no se repietiera el fracaso hitita contado por Tušratta en EA17, 30-35. Las llamadas guerras sirias —tres largas guerras en las que ambas potencias harían el esfuerzo supremo— conllevarían la muerte de Tušratta, la destrucción de Mitanni como gran potencia y el comienzo del fin para el pueblo hurrita.

Algunos retazos de las cartas archivadas en Amarna nos dan idea de los acontecimientos. En EA85, 51-55, Rib-Addi, gobernador de Biblos, informa a su señor Amenofis IV de un fracaso mitannio; «Otra cosa» —dice—, «el rey de Mitanni ha marchado hasta Şumur, y trataba de ir a Gubla: pero no había agua potable para él y volvió a su país». Probablemente los hechos se relacionen con un episodio de la guerra contra los hititas. En EA75, 35-38, el mismo remitente proporciona al faraón unos datos mucho más dramáticos; «Sepa el rey, mi Señor, que el rey de Hatti ha conquistado todos los países (que pertenecían) al rey de Mitanni».

Egipto también sufrió las consecuencias del hundimiento de su aliado. Abiertas sus fronteras a un nuevo enemigo, la pérdida de Amurru y la llave de al-Biqā' con Qadeš y Kumidi desbarató la mitad de su imperio en Asia, acercándole además a la tercera gran potencia que, recuperada, vivía una victoriosa y plena expansión. Volvía pues la época de los enfrentamientos en Siria por la hegemonía que, hasta el gran encuentro de Qadeš, costaría sacrificios sin cuento a ambos contendientes. Luego y como en el pasado, la paz entre ambas potencias se impondría. Más, para entonces, Mitanni ya no sería ni siquiera un recuerdo en los archivos. Pero todo eso en fin, es ya otra historia.

J. M. Córdoba

BIBLIOGRAFIA

- ADALLAH, F. (1987): «La femme dans le royaume d'Alep au XVIII siècle a. JC.». en J. M. Durand (ed.), *La femme dans le Proche-Orient Antique*, págs. 13-15. París.
- ADLER, H. P. (1976): *Das Akkadische des Königs Tusratta von Mitanni*, Neukirchen-Vluyn.
- ARTZI, P. (1980): «Mourning in international relations». En B. Alster (ed.), *Death in Mesopotamia*, págs. 161-170. Copenhagen.
- (1987): «The influence of political marriages on the international relations of the Amarna-Age». En J. M. Durand (ed.), *La femme dans le Proche-Orient Antique*, págs. 23-26. París.
- ASTOUR, M. (1978): «Les hourrites en Syrie du Nord. Rapport sommaire», *RHA*, XXXVI, págs. 1-22.
- BIETAK, M. (1975): *Der Fundort im Rahmen einer archäologisch-geographischen Untersuchung über das ägyptische Ostdelta*. Wien.
- BOESSNECK, J. (1976): *Tell el-Dab'a III. Die Tierknochenfunde 1966-1969*. Wien.
- BONNET, H. (1926): *Die Waffen der Völker des alten Orients*. Leipzig.
- BUNNENS, G. (1982): «Pouvoirs locaux et pouvoirs dissidents en Syrie au IIe millénaire avant notre ère». En A. Finet (ed.), *Les pouvoirs locaux en Mésopotamie et dans les régions adjacentes*, págs. 118-137. Bruxelles.
- CORNELIUS, F. (1979): *Geschichte der Hethiter*. Darmstadt.
- DALES, F. M. (1988): «La estructura social». En S. Moscati (dir.), *El alba de la civilización, I. La sociedad*, págs. 167-291. Madrid.
- DALLEY, S. (1984): *Mari and Karana. Two Old Babylonian Cities*. London.
- DURAND, J. M. (1985): «Les dames du palais de Mari à l'époque du royaume de Haute Mésopotamie», *Mari*, 4, págs. 385-436.
- EDZARD, D. O. (1976): «Ein Brief an den Groben» von Kumidi aus Kāmid al-Lōz», *ZA*, 66, I, págs. 62-67.
- EMERY, W. B.; SMITH, H. S.; MILLARD, A. (1979): *The Fortress of Buhen. The Archaeological Report*. London.
- GIVEON, R. (1974): «Hyksos scarabs with names of Kings and officials from Canaan», *Chronique d'Egypte*, 49, págs. 222-233.
- GÖRG, M. (1979): «Mitanni in Gruppenschreibung», *GM*, 32, págs. 17-18.
- GRAYSON, A. K. (1975): *Assyrian and Babylonian Chronicles*. New York.
- HACHMANN, R. (1970): *Bericht über die Ergebnisse der Ausgrabungen in Kāmid el-Lōz in den Jahren 1966 und 1967*. Bonn.
- (1980): *Bericht über die Ergebnisse der Ausgrabungen in Kāmid el-Lōz in den Jahren 1968 bis 1970*. Bonn.
- (1982): *Bericht über die Ergebnisse der Ausgrabungen in Kāmid el-Lōz in den Jahren 1971 bis 1974*. Bonn.
- KUMIDI (Tell Kamid al-Loz), *RLA*, VI, págs. 330-334.
- (1982): «Die ägyptische Verwaltung in Syrien während der Amarnazeit», *ZDPV*, 98, págs. 17-49.
- HACHMANN, R.; KUSCHKE, A. (1966): *Bericht über die Ergebnisse der Ausgrabungen in Kāmid el-Lōz in den Jahren 1963 und 1964*. Bonn.
- HANCAR, F. (1956): *Das Pferd in prähistorischer und früher-historischer Zeit*. Wien.
- HELCK, W. (1961): *Urkunden der 18. Dynastie. Übersetzung zu den Herften 17-22*. Wien.
- (1962): *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v.Chr.* Wiesbaden.
- (1977): «Ägypten und di Ägäis im 16. Jahrhundert v.Chr.», *Jahresbericht des Institut für Vorgeschichte der Universität Frankfurt a.M.* págs. 7-20.
- HOLMES, Y. L. (1975): «The messengers of the Amarna letters», *JAOS*, XCV, 3, págs. 376-381.
- KITCHEN, K. A. (1969): «Interrelations of Egypt and Syria», en M. Liverani (ed.), *La Siria nel Tardo Bronzo*, págs. 77-95. Roma.

- KLENGEL, H. (1965): *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z. 1.-Nordsyrien*. Berlin.
- (1969): *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z. 2.-Mittel- und Südsyrien*. Berlin.
- (1970): *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z. 3.-Historische Geographie und allgemeine Darstellung*. Berlin.
- (1978): «Mitanni: Probleme seiner Expansion und politischen Struktur», *RHA*, XXXVI, págs. 91-115.
- KNUDTZON, J. A. (1915): *Die El-Amarna-Tafeln*. Leipzig.
- KÜHNE, C. (1973): *Die Chronologie der internationalen Korrespondenz von El-Amarna* Neukirchen-Vluyn.
- LECLANT, J. (1960): «Astarté a cheval d'après les représentations égyptiennes», *Syria*, XXXVII, págs. 1-67.
- LEFEBVRE, G. (1982): *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique*. Paris.
- LEMAIRE, A. (1985): «Mari, la Bible et le monde nord-ouest sémitique», *Mari*, 4, págs. 549-558.
- LIVERANI, M. (1974): «La royauté syrienne de l'âge du bronze récent», en P. Garelli (ed.), *Le palais et la royauté*, págs. 329-356. Paris.
- MATTHIAE, P. (1979): «Scavi a Tell Mardkih-Ebla, 1978: rapporto sommario», *SEb* I, págs. 129-184.
- MESSERSCHMIDT, L. (1899): *Mitanni-Studien*. Berlin.
- NOUGAYRON, J. (1963): «Guerre et paix à Ugarit», *Iraq*, XXV, 2, págs. 110-123.
- PETTINATO, G. (1979): *Ebla. Un imperio inciso nell'argilla*. Milano.
- PINNOCK, F. (1985): «About the Trade of Early Syrian Ebla», *Mari*, 4, págs. 85-92.
- PINTORE, F. (1978): *Il matrimonio interdinastico nel Vicino Oriente*. Roma.
- POSENER, G. (1940): *Pinces et Pays d'Asie et de Nubie*. Bruxelles.
- POTRATZ, J. A. H. (1966): *Die Pferdewagen des Alten Orient*. Roma.
- REVERE, R. B. (1976): «Tierra de nadie: los puertos comerciales del Mediterráneo oriental» en K. Polany et alt., *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, págs. 87-110. Barcelona.
- SETERS, J. van (1966): *The Hycsos: a new investigation*, New-Haven-London.
- SETHE, K. (1926): *Achtung feindlicher Fürsten, Völker und Ding auf altägyptischen Tongefäßscherben des Mittleren Reiches*. Leipzig.
- SPALINGER, A. (1974): «Egypt and Babylonia: a survey (c. 620 B-550 BC)», *SAK*, 5, págs. 221-244.
- STADELMANN, R. (1967): *Syrisch-Palästinensische Gottheiten in Ägypten*. Leiden.
- VERCOUTTER, J. (1987): «L'Égypte jusqu'à la fin du Nouvel Empire», en P. Lévêque (ed.), *Les premiers civilisations*, págs. 69-220. Paris.
- VERNUS, P. (1978): «L'apport des sources égyptiennes au problème hurrite», *RHA*, XXXVI, págs. 199-204.
- WEIDNER, E. F. (1923): *Politische Dokumente aus Kleinasien*. Leipzig (anastática de 1970 en Hildesheim-New York).
- WILHELM, G. (1973): «Ein Brief der Amarna-Zeit aus Kamid el-Loz (KL 72:600)», *ZA*, 63, I, págs. 69-75.
- (1982): *Grundzüge der Geschichte und Kultur der Hurriter*. Darmstadt.
- WISEMAN, D. J. (1953): *The Alalah Tablets*. London.
- YADIN, Y. (1963): *The Art of Warfare in Biblical Lands*. New York-Toronto-London.
- ZACCAGNINI, C. (1973): *Lo scambio dei doni nel Vicino Oriente durante i secoli XV-XIII*. Roma.
- (1977): «Pferde und Streitwagen in Nuzi», *Jahresbericht des Institut für Vorgeschichte der Universität Frankfurt a.M.*, págs. 21-38.

